

Claudia Barzana

El lazo invisible

HAY VÍNCULOS QUE NINGUNA
DISTANCIA PUEDE ROMPER



Barzana, Claudia

El lazo invisible - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4454-67-6

1. Narrativa. 2. Narrativa Histórica. I. Título

CDD 863

© Editorial Vestales, 2020.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-67-6

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de los
sueños.

Eleanor Roosevelt.

PRÓLOGO

Dublín, mayo de 1916.

Durante las últimas cuarenta y ocho horas, no había dejado de repasar una y otra vez la Operación Rebeldes de Dublín. No conseguía dar con el motivo por el que todo se había desbaratado. Me encontraba a merced de un puñado de revolucionarios, prisionero en un cuarto pequeño, maloliente y mugroso del puerto de la ciudad. Eso lo había podido deducir al memorizar el recorrido por el que me llevaban hasta que los golpes me habían hecho perder el conocimiento. Podía describir cada pulgada del cemento que me rodeaba sin poder localizar una mínima abertura para escapar. Debería esperar a que los sujetos que entraban para torturarme en busca de información cometiesen algún error. Mi cabeza no dejaba de analizar mi estadía en Dublín en busca de algo que me brindase alguna pista de por qué me hallaba allí, prisionero.

La ciudad era parte de mi historia familiar, y las largas jornadas habían hecho que la pudiera conocer como la palma de mi mano. Había arribado dos meses antes, luego de informarle a mi superior sobre lo que parecía poco probable: una nueva asonada se estaba gestando contra el gobierno inglés. El fuego sagrado de la independencia se escondía en el corazón de varios irlandeses que, sin importarles el momento, creían que no debían dejar pasar la oportunidad de manifestarse y de poner fin a los lazos con el Reino Unido. Los tiempos no eran propicios para hacerlo, ya que la Gran Guerra se llevaba a cabo con las fuerzas aliadas que combatían en el frente europeo. Ni siquiera el con-

flicto bélico que había llevado a soldados irlandeses a unirse a las filas inglesas para enfrentarse a un enemigo común había logrado calmar los ánimos autonomistas que, décadas atrás, había gestado la Hermandad Republicana Irlandesa y el Ejército Ciudadano Irlandés. Sin embargo, otra cantidad de ciudadanos creía que no era oportuno rebelarse en pos de una liberación que no llegaba.

La red irlandesa de informantes del Servicio de Seguridad no había avisado que algo así podía suceder, y el MI5, del que formo parte, había revelado su incapacidad al no estar al tanto de semejante hecho. Lo único que se había filtrado había sido la información sobre el embarque de armas provenientes de Alemania, en el vapor *SMS Aud*, como provisión para los revolucionarios. El anuncio había sido recibido gracias a un mensaje encriptado e interceptado en la Room 40 de la División de Inteligencia Naval del edificio del almirantazgo de Londres.

Al tomar conocimiento, había debido trasladarme de inmediato hasta la provincia de Munster y acercarme hasta la costa de Kerry, donde tendría lugar el intercambio de mercancía. No obstante, todo había ocurrido muy rápido. La embarcación había sido capturada y hundida por la Royal Navy, lo que había imposibilitado que llegase a destino. No era fácil irme de allí porque los rebeldes buscaban a los responsables de semejante sabotaje. Yo esperaba que las fuerzas inglesas llegasen para poner coto a lo que se estaba gestando, lo que hicieron una vez que la sublevación comenzó y los insurgentes tomaron por asalto a la oficina general de correos, lugar desde donde comandaron toda la operación. El brazo político del independentista Michael Collins, perteneciente a la inteligencia del Sinn Féin, había organizado un ataque a la fortaleza del castillo de Dublín, en donde se encontraban algunos espías que cooperaban conmigo. La lucha había producido bajas de ambos bandos

durante los cuatro días que se había extendido el alzamiento. Cuando parecía que todo había terminado, en medio de una gresca, me habían tomado prisionero. No entendía el motivo porque, en apariencia, todo se había acabado.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos ante el metálico sonido de un candado, que habilitó el ingreso de los dos sujetos que me tenían prisionero.

—Supongo que habrás tenido tiempo para pensar que, si hablas, todo será más fácil.

Lo miré a sabiendas de que hacerlo no iba a cambiar el resultado.

—Colin Wood, miembro del Servicio Secreto inglés —dijo al acercárseme con una mueca en el rostro—. Ahora vas a decirnos quién filtró la información sobre el embarque de armas alemanas.

Supe de inmediato que ese interrogatorio era una farsa. A ellos no les importaba ese dato, solo buscaban hacer tiempo. De nada les servía saber eso, ya que el combate entre los rebeldes y la fuerza inglesa, llevado a cabo durante la celebración festiva de Pascua, había acabado. Las muertes de ambos lados habían sido importantes. Desde ese momento, se vivía un compás de espera por parte de los revolucionarios, que intentaban alcanzar un acuerdo con las autoridades inglesas y evitar las ejecuciones de los cabecillas de la asonada irlandesa. Esa, por supuesto, era una ilusión que nunca llegaría. Los fusilamientos a los insurrectos responsables de la sublevación no se harían esperar. Las cartas estaban echadas sobre la mesa, y yo había jugado mi partida. Nada de lo que yo pudiera confesar modificaría lo que iba a ocurrir. Ellos los sabían, y yo también. Pero, entonces, ¿por qué seguía encerrado en este lugar?, ¿a merced de quién me encontraba?

Estaba claro que ellos no solo contaban con la información confidencial sobre mi verdadera identidad, sino también sobre mi actividad como espía del Servicio Secreto. Eran contadas las personas que lo sabían, lo que me hacía suponer que alguien de mi confianza me había traicionado. ¿Quién?

—Estamos esperando.

Los miré y volví a negar con la cabeza, como cada vez que me habían interrogado. Ya estaba preparado para el golpe que vino y que me dobló de dolor una vez más. Debía resistir, porque estaba seguro de que cometerían algún error. Debía ganar minutos al poco tiempo que me quedaba.

—Escupe si no quieres que te matemos ahora.

—Quiero hablar con tu jefe.

Otro puñetazo me alcanzó antes de que uno de ellos me contestara.

—¿Qué te hace suponer que no soy yo quien está a cargo de todo esto?

Un fuerte ruido irrumpió en el recinto. De inmediato ambos se observaron e interrumpieron el interrogatorio para ir en busca de la persona que acababa de entrar. La puerta quedó entreabierta. El leve murmullo no me permitió escuchar qué se decían, pero sí pude ver la silueta del hombre que, envuelto en el humo que exhalaba del cigarro que pendía de una de sus manos, hablaba frente a la atenta mirada de sus interlocutores. Forcé aún más la vista porque ese rostro me era familiar. Por muy atiborrada que estuviera mi mente, no dejé de evocar numerosas caras que regresa-

ban a mi memoria para dar con la persona que tenía a pocos metros de mí. Fue un instante en el que mi mirada se cruzó con la oscura de él, y lo vi acercarse a mí.

—¿Quieres conocerme? Acá estoy. Será la última imagen que veas en tu vida.

En ese momento recordé que ese hombre, apodado el Irlandés, había estado rondando a Sofía hacía menos de un año. No podía ser. Ella estaba afuera de toda la mugre en la que me movía. Por ese motivo yo había luchado por mantenerme alejado de ella. Sofía era una luz en medio de tanta oscuridad en la que estaba inmerso. Por mi profesión había decidido distanciarme de mi familia, que residía lejos de Londres, y también de ella. La separación que había impuesto entre nosotros me había llevado a vivir al otro lado del océano de la mujer que yo en realidad...

—Saben lo que tienen que hacer —indicó al dar la última calada al cigarro y arrojarlo a mis pies.

Una vez lanzada la orden, el Irlandés se esfumó por la puerta hasta perderse en la oscuridad del lugar.

—¡Levántate! —gritó uno de ellos, mientras el otro desataba la cadena a la que estaba esposado.

Al incorporarme, vi que cada uno había desenfundado un arma.

—El jefe nos dijo que te gusta la cacería y que disfrutas de matar. Pues bien, a nosotros nos gustaría divertirnos antes de acabar con nuestro prisionero, aunque el sufrimiento es parte esencial de eso. Contigo comenzaremos con una cacería humana. Tú corres y nosotros disparamos, ¿qué dices? —propuso al acercarse, con un aliento que olía a tabaco y alcohol—. Veremos si resistes más que un animal.

—Vamos —rugió el otro—, la cacería comienza.

Me quedé observándolos en tanto reflexionaba que no solo estaban enterados de mi afición por la caza, sino también que ambos estaban más locos de lo que creía. Un disparo contra el suelo retumbó en la estancia.

—Hoy te cazaremos nosotros. Verás lo que se siente escapar con la certeza de que van a matarte. ¡Corre ya! —vociferó uno de los sujetos, y lanzó una carcajada.

No pensé más en ellos, ni en la efímera posibilidad que tenía de salvarme. Solo me lancé a huir de allí. No bien llegué a la salida, un disparo me rozó el brazo, pero mis piernas ya no sentían el dolor ni el entumecimiento tras haber estado encerrado dentro de aquel lugar. La constante llovizna mojaba mi cuerpo, y otra descarga detonó y me hirió en el hombro. Un ardor intenso atravesó mi espalda, pero no podía dejar de intentar alejarme de allí. Me distanciaba de ahí como un animal herido. Ya no solo mi vida estaba en juego, sino la de Sofía. La persecución se estrechaba aún más, y el eco de los pasos que chapoteaban sobre los charcos de agua se hacía más cercano. Memoriqué las características del puerto por el que me escapaba sin encontrar un recoveco o vericuetto seguro. En cualquier lugar me encontrarían y acabarían conmigo. Sabía que estaban pisándome los talones. Miré de soslayo y me di cuenta de que allí estaba mi salvación, no había otra posibilidad. Viré de inmediato hacia el borde de uno de los muelles y me arrojé al agua en el instante mismo en que otro disparo detonaba. Mi cuerpo convulsionó ante el impacto de la bala que me había dado antes de sumergirme en las aguas de río Liffey. La imagen de Sofía inundó mi mente hasta llenarla de recuerdos al tiempo que intentaba marcharme de allí para salvarme

CAPÍTULO 1

En mi mente

Buenos Aires, dos años antes.

La quietud del amanecer imperaba con los primeros rayos de sol. Desde su habitación y con un cigarro en la mano, Colin disfrutaba de ese momento. Los sonidos del silencio reverberaban dentro de la casa. En breve, se quebraría ante las familiares voces que, entreveradas en las distintas conversaciones, inundarían el ambiente. En cada regreso al hogar, Colin disfrutaba de esa mística conocida. Desde hacía tiempo se había instalado en Londres y, cuando le era posible, retornaba a verse con los suyos. En la ciudad de la niebla, desarrollaba una actividad que, en apariencia, se centraba en el ejercicio del derecho. Nada hacía sospechar que pudiese dedicarse a otra cuestión que no fuese la carrera de Abogacía cursada tiempo atrás. A pesar de estar acostumbrado a viajar y de no contar con un sentido de pertenencia porque no lograba aquerenciarse en algún sitio, esa estadía se había vuelto diferente. No quería indagar sobre el motivo por el que, esa vez, se sentía distinto. No podía ni debía.

Dio una profunda calada al cigarro mientras su mente no dejaba de vagar en torno a ella, aunque habría sido mejor evitarlo. Los sordos golpes a la puerta lo distrajeron de esos pensamientos.

—Señor Colin —se escuchó a través de la puerta—, ya tiene listo el desayuno.

—Gracias, Rita.

Arrojó la colilla del cigarro, se vistió y bajó hacia la cocina. La antigua y querida empleada le sirvió un café oscuro junto a unos panes y budines que no probó.

—Mire que los hice especialmente para usted.

Colin le lanzó una sonrisa que solo reservaba para ocasiones especiales y tomó una tajada de budín aunque no tuviese apetito.

—Rita —dijo Martina al ingresar a la cocina para ubicarse frente a su hermano—, pensar que, cuando uno menciona las diferencias que haces entre nosotros, lo niegas.

—Señorita, no diga eso.

—Es el privilegio de ser el único hombre de la casa —respondió él sin dejar de dirigirse a la empleada, luego de guiñarle un ojo.

—Y claro que se lo extraña cuando no está, pero por usted también me preocupo. Siempre le digo que no debería estar metida en ese hospital todo el santo día y que tendría que descansar un poco más.

—Quizá sea posible y todo cambie —manifestó Emma al unirse a ellos, sin explicar demasiado a qué hacía referencia.

El aspecto que llevaba demostraba a las claras que aún no se había espabilado. Los cabellos oscuros desaliñados y la marca de la almohada sobre una de sus mejillas lo hacían más que evidente.

—No fue fácil convencer a papá y a mamá para que emprendieran el viaje que tenían pensado cuando se enteraron de que su hijo dilecto regresaba a casa.

Thomas y Victoria Wood habían salido de viaje, uno que les llevaría un tiempo largo. Los negocios de él y la insistencia de su esposa en acompañarlo los habían alejado de momento de la familia.

—No era justo que dejaran de hacerlo —dijo Martina al apartar la taza de té, del que apenas había tomado unos pocos sorbos—. Debo irme, no quiero llegar tarde al hospital.

—Supongo que hoy saldrás antes para ir a la inauguración de la tienda. No veo la hora de estar allí dentro y contemplarlo todo. Espero sacar algunas ideas para mi negocio.

—Emma, sabes que ese no es mi ámbito. Que tú vayas y disfrutes de un lugar como ese es natural, pero entiende que no es lo que más me entretiene.

—No lo digo por eso. Creo que tenemos un compromiso familiar, más allá de mis deseos por ver cómo será. Deberías saberlo.

—Si te sirve de consuelo —agregó Colin—, yo también seré de la partida. La invitación llegó hace unos cuantos días y, por más que deteste hacerlo, yo tampoco puedo evitar concurrir.

La tienda cuya casa matriz tenía sede en Londres pertenecía a una familia que él conocía bastante, y debía cuidar los vínculos que había cultivado. Uno no sabía cuándo podía necesitarlos. Por otro lado, el festejo se celebraría con la supervisión del barón Woodman Burbidge.

—Está bien —asintió Martina al levantarse de la silla—, veré si puedo ausentarme antes de mis actividades.

—Inténtalo. En mi caso, la invitación viene desde Londres. No pienso quedarme mucho tiempo allí.

—Veré qué puedo hacer.

—Seguro —siseó Emma al ver salir a su hermana de la habitación— que si el pedido viene de tu parte, ella se hará un hueco e irá.

Colin sonrió. Desde pequeños, ambos hermanos eran muy unidos. Más tarde se había sumado Emma, que, por ser la más joven de la familia, se había transformado en la más consentida de la familia Wood.

—Creo que no le quedará posibilidad de negarse. Además, le hará bien distraerse un poco. La noto bastante tensa y desconozco el motivo.

—Debe de ser idea tuya —replicó Emma, sin convencer a su hermano.

Ella había escuchado algo respecto de lo que le sucedía a Martina, pero no sabía cuán cierto sería. De todos modos, no sería ella quien pusiese sobre aviso a su hermano. Con él debería lidiar la misma Martina.

—No me has dicho nada de los avances de tu negocio.

—Debes tomarte otro café para darme tiempo a comentarte lo que tengo pensado con Rose.

Emma se había lanzado al mundo de la moda de la mano de Rose, una amiga que tenía desde niña. La familia Rivas había mantenido desde siempre una estrecha relación con los Wood a través de sus padres. Ambas se habían cria-

do juntas y, como no podía ser de otro modo, habían decidido abrirse camino en el ambiente de las telas y los diseños.

—Rita, ¿podrías darme otro café? Parece que tengo para bastante.

—No seas así —dijo Emma en tanto le daba un codazo en el brazo—, nunca tienes tiempo para mí. Ahora vas a escuchar todo lo que tengo para contarte.

Colin se acomodó mejor en la silla porque sabía que la conversación sería larga y no se equivocó al respecto. El permanente alboroto y cotorreo de la benjamina de la familia amenizó parte de esa mañana. El resto de las horas que quedaban hasta cumplir con el compromiso que tenía parecieron evaporarse hasta que llegó el momento de irse.

Bajo la cálida brisa que envolvía la tarde, los Wood se encaminaron rumbo a la velada a la que debían asistir. La calle Florida resplandecía y desbordaba de carruajes y automóviles que se detenían en doble fila para que los invitados descendieran e ingresaran por las puertas de la tienda Harrod's para participar de la inauguración. La obra se había realizado en un tiempo record, apurada por la expectación de los porteños por contar con una sucursal de uno de los comercios más prestigiosos de Londres. Aunque ese no era el único motivo de tanta emoción, sino también el hecho de que la ciudad de Buenos Aires hubiese sido, junto a unas pocas filiales europeas, la elegida para el desembarco de ese importante bazar, símbolo de exclusividad y elegancia. El edificio se erigía suntuoso y elegante, abordado por centenares de porteños que se adentraban a conocerlo.

—Te dije que esto sería increíble —comentó Emma a Rose mientras le indicaba que se dirigieran hacia la escalera de mármol para visitar el segundo piso—. Debemos venir

otro día de la semana para ver mejor los diseños de ropa. Con tanta gente, es imposible hacerlo.

—Te dije que sería así. Además, no deberíamos detenernos a saludar a tantas personas. Si por mí fuera, seguiría adelante sin demasiada pleitesía.

—Lo sé, pero deberías saber que toda esta gente será nuestra futura clientela. Hazlo al menos por eso.

—Para todo lo referido a las relaciones sociales, estás tú; yo soy feliz alejada de eso, donde pueda diseñar sin que nadie me moleste.

—Lo sé, lo sé; pero deberás cambiar en breve ese temperamento huraño, cuando abramos nuestra tienda.

—Vamos, subamos antes de que me arrepienta de haberme asociado contigo.

La carcajada de Emma tentó a Rose. Por más que quisiera enojarse con ella, no podía. Su amiga siempre encontraba la manera de cambiarle el ánimo.

El salón de té lucía imponente, con varias mesas vestidas con manteles blancos y decoradas con vajilla de porcelana inglesa. La experiencia de sentirse en Londres la completaba no solo el clásico té británico, sino también las exquisiteces servidas en bandejas de plata. Gran parte de las mujeres se ubicó allí para disfrutar de todo lo que se ofrecía.

Colin formaba parte de uno de los grupos de hombres que, en compañía de varios empresarios, departían sobre negocios y política. La conversación era alentada por la mejor champaña, junto con los canapés que los diligentes mozos no dejaban de hacer circular. De modo acalorado, cada